Plácido Domingo

JESÚS RUIZ MANTILLA

A medida que se disponía a terminar el siglo XX, los periodistas culturales españoles –y de todo el mundo –, adquirimos la absurda, costumbre de preguntar a Plácido Domingo para cuándo habría planeado su retirada. No faltaba quien disparara la cuestión, cuando el cantante iba a sobrepasar la barrera de los 60 años.

Domingo, sonreía y como para zanjar una cuestión incómoda, respondía que seguiría cantando hasta que fuera consciente de no estar haciendo el ridículo. Que iba a ser primero él quien se diera cuenta, y que calculaba que en cinco o seis años...

Han pasado 15. Y Plácido sigue ahí, desbaratando el sentido común y las previsibles barreras biológicas, también contra todo pronóstico en aquellos tiempos, que quien ya lo había sido todo en la historia de la ópera estaba a punto de emprender una nueva y luminosa etapa en su carrera llena de éxitos, de nuevo, sobre los escenarios.

Le ha ocurrido siempre. A Domingo, todo el mundo ha tratado de analizarle con los parámetros de "lo normal" cuando es un fenómeno fuera de toda previsión común a los mortales. Desde el principio de su carrera, intentaron probar que mentía sobre su edad. No veían posible que abordara con plenitud ciertos papeles como 'La forza del destino', con 30 años, u 'Otello', con 35, un papel que llegaría a interpretar casi en 250 representaciones. Ni que se hubiera casado tan joven –su primer matrimonio, fue a los 16 años, con la pianista Ana María Guerra Cué, junto a quien tuvo a su primer hijo, José Plácido, y un divorcio meses después. Volvería al altar tres años más tarde, en 1962, con la sofisticada cantante Marta Ornelas, su actual esposa y madre de sus otros dos hijos, Plácido Jr. y Álvaro.

Su apabullante precocidad no entraba ni siquiera en la lógica de la precocidad misma. Con el tiempo, pocos podían aceptar de buena gana que se atreviera, sin salir escaldado de ello, a pasar de Verdi, Puccini o de todo el verismo a Wagner, siempre con éxito a lo largo de más de 3.500 actuaciones; que al tiempo que cantaba, dirigiera orquestas; que pudiera además prestar atención a dos cargos como intendente, con mucho ojo, en las Óperas de Washington y Los Ángeles –no olvidemos, una ciudad, el centro del poder político mundial y, la otra, de la industria del espectáculo-; que desempeñara una labor solidaria intensa desde que quedó traumatizado en el terremoto de México, donde se metió de lleno a rescatar víctimas de los escombros entre los que halló a familiares suyos cercanos; que liderara un concurso de jóvenes valores como Operalia y que hubiese formado parte del mayor hito discográfico en la ópera mundial, con 10 millones de discos vendidos y 40 millones de dólares en ganancias para sus protagonistas: el concierto de los Tres Tenores, junto a Carreras y Pavarotti, además de haber batido unas cuantas marcas encarnando casi 140 diferentes papeles, con MacBeth (Verdi) como nuevo reto en febrero de 2015 junto a Daniel Barenboim, en Berlín.

No entraba en cabeza humana su trayectoria. Pero si a eso le añadimos que, cumplidos los sesenta es donde iba a arriesgar aun más y ahondar en su veto wagneriano a adentrarse en el repertorio ruso –¡y a aprender el idioma!- para cantar 'La dama de picas' (Tchaikovski), saludar a Gluck; probar el mundo barroco en títulos como 'Tamerlano', de

Haendel; reinventarse como cantante –de tenor a barítono, su voz natural- para darse el lujo de interpretar a Simon Boccanegra (Verdi) y ahora al oscuro MacBeth, o atreverse con nuevos papeles en títulos hechos a su medida como el de 'El primer emperador' (Tan Dun) o 'Il Postino' (Daniel Catán), en la piel del poeta Pablo Neruda. Que seguirían los hitos, en suma, y la BBC, en una encuesta, lo eligiera el mejor tenor de la Historia, ninguno hubiese osado a preguntar semejante bobada acerca de su retirada.

A nadie se le ocurre en estos tiempos volver a plantear nada relacionado con su adiós. El cantante que nació en Madrid en 1941, emigró a México con sus padres cuando tenía 8 años y debutó a los 18 en un teatro del D. F. estaba llamado a marcar un hito. A transportar un arte antiguo a la modernidad y ampliarlo a grandes públicos, a vigorizar y transformar la ópera con ejemplo, dedicación, pasión sin límites: "Todavía lloro muchísimo en el escenario", me confesaba hace pocos años, en la pausa de un ensayo de 'Cyrano de Bergerac', en Valencia.

Cumplía cerca de 40 años en los teatros desde que, alejado de sus incursiones en la música ligera o el rock and roll junto a un grupo que se hacía llamar Los Black Jeans para quienes hizo coros y arreglos, comenzara como barítono en 'Marina' y también, meses después, como tenor en 'La Traviata'. Fue en los teatros mexicanos el Degollado y el María Teresa Montoya, de Monterrey. Cumplía con la tradición. Sus padres, Plácido y Pepita Embil, habían emigrado a América con su compañía de zarzuelas. Así que el joven heredero se había formado a fondo en las glorias y penurias del mundo del espectáculo.

Casado ya con Marta Ornelas, decidieron trasladarse a Israel. Fue en la ópera de Tel Aviv, donde comenzó a desatar marcas. En dos años y medio participó en 280 representaciones con diferentes papeles y montajes poco ortodoxos en los que algunas óperas canónicas llegaron a cantarse en tres idiomas. Así es como descubrió que el purismo podía ser retado lo mismo por necesidad que por gusto.

Con ese bagaje, empezó a adentrarse en terrenos desafiantes. Supo que sin riesgo no acabaría triunfando en templos como el Metropolitan – donde no ha podido, eso sí, batir la marca de Caruso como el cantante que más veces se ha subido al escenario neoyorquino (863), pero sí las veces que un tenor ha abierto las temporadas del recinto-, la Scala, el Covent Garden, Salzburgo o el Teatro Real de Madrid, donde ha cosechado la ovación más larga con su verdiano Simon Boccanegra.

La audacia le ha resultado aliada toda la vida. Una de sus características de marca. El por qué de la mayoría a cualquier propuesta o cuestión que se saliera de lo esperado, sencillamente, en Plácido, se transforma en ¿por qué no? Curiosidad, amor propio, envite, genética de titán y una capacidad de trabajo asombrosa le han colocado en lo

más alto del pedestal con un hueco en la leyenda, él tan dado a los prodigios deportivos y cinéfilo compulsivo.

Sin que eso le alejara de rivalidades o, incluso, enfrentamientos que requerían un esfuerzo extra para su proverbial diplomacia. Todos somos humanos. En el primer apartado figuran sus piques con figuras como Carreras y Pavarotti, junto a quienes terminó aliándose en pro de la polémica filosofía de la masificación dentro de un mundo de élites para llenar estadios de fútbol y encandilar a audiencias de miles de millones

cuando celebraban los mundiales de fútbol.

Pero sobre todo con su rival Alfredo Kraus, aunque también la zanjó al final de la vida de éste. Quizás ésta haya sido la más dolorosa de todas porque se libraba en un terreno donde siempre ha querido reinar: Madrid, su ciudad. La pureza en el escaso repertorio escogido por el cantante canario siempre se le echó en cara a Domingo, de quien el titánico concepto de abarcarlo casi todo dentro de su carrera, ha sido frecuentemente criticado por sus detractores.

Cantantes aparte, Domingo también se ha atrevido a retar los terrenos del poder en su mundo. Dijo que no a Herbert von Karajan cuando pocos se atrevían a ello y lo pagó con años de veto en Salzburgo. También desafió finamente y con dotes de cardenal a Gerard Mortier cuando éste, desde los despachos donde ocupaba el puesto de director artístico –ya fuera en Salzburgo, Bruselas, París o finalmente en Madrid- quiso acabar con el status quo de los cantantes en el mundo de la ópera para traspasárselo a los directores de escena.

Hoy, desaparecidos ambos, Domingo reina como figura influyente dentro de la industria lírica a nivel global sin apenas sombras. Ni unos ni otros, cantantes y factotums, han llegado a lo que él simbólicamente ha supuesto para todos los públicos del globo terráqueo sin desmerecer el respeto de su propio mundo. ¿Quién de todos ellos puede presumir de haber aparecido en la serie Los Simpson? Sólo y más que merecidamente, Plácido Domingo.

Plácido Domingo

JESÚS RUIZ MANTILLA

Alors que le 20e siècle touchait à sa fin, les journalistes culturels espagnols, et même du monde entier, avaient pris cette habitude absurde de demander à Plácido Domingo quand il envisageait de prendre sa retraite. À l'époque où le chanteur approchait de la soixantaine, cette question revenait en boucle.

Domingo souriait et, comme pour se débarrasser d'une question un peu gênante, répondait qu'il continuerait de chanter tant qu'il ne serait pas ridicule, ajoutant qu'il serait le premier à s'en rendre compte, et que selon lui, d'ici cinq ou six ans...

Mais 15 ans après, Plácido est toujours là. Et, par sa présence, il renverse les idées reçues, fait fi des barrières de l'âge et déjoue tous les pronostics lancés à l'époque : qui aurait pu se douter que, alors qu'il avait déjà entièrement conquis le monde de l'opéra, le chanteur était sur le point d'entamer une nouvelle brillante étape de sa magnifique carrière sur scène.

C'est un peu l'histoire de sa vie. Tout le monde s'est penché sur le cas de Domingo comme s'il s'agissait d'un personnage ordinaire, alors qu'il est si différent du commun des mortels. Dès le début de sa carrière, certains ont essayé de prouver qu'il mentait sur son âge. Ils ne pouvaient pas croire qu'à 30 ou 35 ans, il puisse s'épanouir dans des rôles comme « La force du destin », ou « Otello » – rôle qu'il allait interpréter près de 250 fois. Ils ne pouvaient pas croire non plus qu'il se soit marié si jeune. D'abord à l'âge de 16 ans avec la pianiste Ana María Guerra Cué, avec qui il a eu son premier enfant, José Plácido,

et dont il divorcera quelques mois plus tard. Puis trois ans plus tard, en 1962, avec la ravissante chanteuse Marta Ornelas, son épouse actuelle et la mère de ses deux autres enfants, Plácido Jr. et Alvaro.

À ce niveau-là, on ne peut même plus parler de précocité. Au fur et à mesure que sa carrière avançait, les gens avaient du mal à accepter que tant d'audace soit couronnée de tant de succès. Il passe de Verdi et Puccini (ou du vérisme en général) à Wagner sans réelle difficulté, et remporte même un succès constant tout au long de plus de 3 500 représentations. Il mène de front une double carrière de chanteur et de chef d'orchestre. Il devient directeur artistique des Opéras de Washington et de Los Angeles, qui, ne l'oublions pas, sont respectivement le centre du pouvoir politique mondial et celui de l'industrie du spectacle. Il fait preuve d'une immense solidarité après le tremblement de terre de Mexico, qui l'a profondément marqué, et n'hésite pas à porter secours aux victimes piégées dans les décombres, dont certaines sont des membres de sa famille. Il crée un concours de jeunes talents, Operalia. Avec Les Trois Ténors, aux côtés de Carreras et de Pavarotti, il est à la tête du plus grand succès discographique de l'histoire de l'opéra, avec 10 millions de disques vendus et 40 millions de dollars de recettes pour les chanteurs. Enfin, avec près de 140 rôles différents à son actif, il explose tous les records. Et en février 2015, à Berlin, MacBeth (Verdi) sera le nouveau défi qu'il relèvera aux côtés de Daniel Barenboim.

Son profil n'est pas celui d'un être humain ordinaire ! Mais ce n'est pas tout ! Pour que ce portrait soit complet, il faut encore préciser que, à l'âge de 60 ans, le chanteur allait prendre de nouveaux risques et se lancer dans le répertoire russe – et apprendre la langue ! – pour chanter « La Dame de Pique » (Tchaïkovski), réaffirmant ainsi sa volonté de s'éloigner de Wagner. Il fait un détour par Gluck, s'essaie au baroque dans des rôles comme « Tamerlano », de Haendel, et va jusqu'à changer de tessiture en passant de ténor à baryton pour s'offrir le luxe d'interpréter le rôle de Simon Boccanegra (Verdi) ou du sombre MacBeth. Il n'a pas peur d'aborder de nouveaux rôles sur-mesure comme celui du poète Pablo Neruda dans « Il Postino » (Daniel Catán), ou du « Premier empereur » (Tan Dun). Si on avait su qu'il continuerait de faire partie des plus grands succès et qu'un sondage de la BBC le désignerait meilleur ténor de l'histoire, personne n'aurait osé lui poser une question aussi stupide concernant son départ à la retraite.

Aujourd'hui, plus personne ne fait aucune allusion à ses éventuels adieux à la scène. Né à Madrid en 1941, le chanteur émigre au Mexique avec ses parents à l'âge de 8 ans et fait ses débuts à 18 ans dans un théâtre de la capitale. Il était destiné à entrer dans l'histoire. Faire vivre un art ancien dans notre société moderne, le rendre accessible au grand public, s'imposer comme figure de proue de l'opéra pour transformer cet art et lui donner un nouveau souffle à force de dévouement et de passion sans limites, telle était sa vocation. « Aujourd'hui encore, je pleure énormément sur scène », me confiait-il il y a quelques années, lors d'une pause alors qu'il répétait pour « Cyrano de Bergerac », à Valence.

Il avait alors près de 40 ans de carrière dans le théâtre. Près de 40 ans qu'il avait délaissé la musique légère et le rock and roll (notamment le groupe « Los Black Jeans » dont il s'occupait des chœurs et arrangements), pour faire ses débuts comme baryton dans « Marina » et, quelques mois plus tard, dans « La Traviata ». C'est à Monterrey qu'il monte

pour la première fois sur les planches mexicaines, dans les théâtres Degollado et María Teresa Montoya, marchant ainsi dans les pas de ses parents, Plácido et Pepita Embil, qui avaient émigré en Amérique avec leur compagnie de zarzuela. Ayant connu les joies et les peines du monde du spectacle tout au long de son enfance, le jeune homme a été à bonne école.

Après leur mariage, Plácido Domingo et Marta Ornelas décident d'aller vivre en Israël, et c'est à l'opéra de Tel Aviv que le ténor commence à se faire connaître. En deux ans et demi, il participe à 280 représentations et interprète divers rôles dans des mises en scène peu orthodoxes d'œuvres canoniques parfois chantées en trois langues. C'est ainsi qu'il découvre que le purisme peut être remis en question aussi bien par nécessité que par goût.

Fort de cette expérience, il commence alors à s'aventurer sur des terrains plus audacieux. Il comprend que s'il ne prend pas de risques, les portes des lieux les plus prestigieux lui resteront fermées : la Scala, Covent Garden, Salzbourg et le Teatro Real de Madrid, où sa prestation dans Simon Boccanegra (Verdi) lui vaut l'ovation la plus longue. Mais aussi le Metropolitan, où il détient le record du plus grand nombre de

premières. (Quant au record du plus grand nombre d'apparitions sur la scène new-yorkaise, c'est Caruso qui le détient, avec 863 prestations.)

Depuis, il a toujours abordé la vie avec audace. C'est l'un des traits qui le caractérisent. Si on lui demandait pourquoi il avait fait telle proposition ou pris telle initiative, Plácido répondait tout simplement « Pourquoi pas ? ». Grâce à sa curiosité, son amour propre, son ambition, sa santé de fer et sa capacité de travail stupéfiante, ce passionné de sport et cinéphile compulsif s'est hissé au sommet et a inscrit son nom dans l'histoire.

Toutefois, il a dû parfois se confronter à des rivaux et même faire quelques entorses à sa légendaire diplomatie. Après tout, c'est aussi un être humain. On peut évoquer ses brouilles avec Carreras et Pavarotti, même si la polémique autour de la massification qui avait cours dans les milieux élitistes pour remplir les stades de foot et éblouir des millions de personnes lors des championnats du monde les a finalement rapprochés.

Et il y a surtout sa rivalité avec Alfredo Kraus, même si les deux chanteurs ont également fini par se réconcilier à la fin de la vie de Kraus. C'est peut-être cette bataille- là qui a été la plus difficile, car elle s'est livrée à Madrid, ville natale et fief du ténor. Contrairement au chanteur canarien qui avait choisi un répertoire très restreint, Domingo a toujours été critiqué pour son manque de cohérence. Très ambitieux, il a voulu aborder presque tous les registres au cours de sa carrière, ce que ses détracteurs lui ont souvent reproché.

Domingo s'est également opposé aux dirigeants du monde de l'opéra. Il fut l'une des rares personnes à oser dire non à Herbert von Karajan, qui lui fit payer cet affront en lui fermant la porte de Salzbourg pendant des années. Et, face à Gerard Mortier, il a fait preuve de beaucoup de subtilité lorsque ce dernier, tour à tour directeur artistique des opéras de Salzbourg, Bruxelles, Paris, puis Madrid, entreprit d'en finir avec le statu quo des chanteurs d'opéra en faveur des directeurs.

Mais aujourd'hui, ces deux hommes ne sont plus là, et Domingo apparaît comme l'une des figures influentes de la scène lyrique mondiale, où il règne en maître quasi absolu.

Personne n'a jamais eu autant de résonance dans tous les domaines artistiques de la planète, tout en restant une figure emblématique de son propre univers. Qui, hormis Plácido Domingo, peut se vanter d'avoir fait une apparition dans la série Les Simpson ? Personne, et c'était entièrement mérité.